

MARÍA, APOYO DE LA IGLESIA NACIENTE

“El 23 de julio de 1816, en el santuario de Nuestra Señora de Fourvière (Lyon) doce sacerdotes y seminaristas se comprometieron a fundar una Congregación que llevara el nombre de María. Quines trabajaron durante los veinte años siguientes para realizar esta promesa estaban convencidos de responder a un deseo de María, Madre de misericordia, expresado para ellos en las palabras siguientes: “Yo fui el apoyo de la Iglesia naciente y lo seré también al final de los tiempos” (Const. N° 2)

1.- Un tema coliniano

El tema se halla en el trasfondo de las conversaciones del Fundador (HF, n° 4) Tomemos las cuatro frases recogidas por el P. Mayet, colocadas por el P. Jean Coste al inicio de *Habla un Fundador*.

1ª HF 4, 1 (c. 1837): “La Virgen Santísima ha dicho: Yo he sido el apoyo de la Iglesia naciente; lo seré asimismo en los últimos tiempos. Mi regazo estará abierto para cuantos quieran acogerse a él”.

2ª HF 4, 2: el 25 septiembre 1844, recogido en una nota de Mayet: “Yo he sido el apoyo de la Iglesia naciente; lo seré asimismo en los últimos tiempos... Esas palabras fueron las que presidieron los primeros comienzos de la Sociedad”

3ª HF, 4, 3: “El 26 de octubre de 1844 nos repitió las mismas frases y añadió: ‘Hará unos treinta años que le dijeron eso mismo a un sacerdote’

4ª HF 4, 4: “Volvió a repetir esas mismas frases en Puylata el 2 de diciembre de 1847 cuando afirmó: ‘de eso hará ahora unos treinta y seis años’

Obsérvese la estricta forma de la expresión: siempre las mismas palabras y la referencia casi precisa a un momento histórico en los dos sentidos de la palabra. El P. Coste ha demostrado que, sin lugar a dudas, el sacerdote en cuestión era Jean Claude Courveille (*Acta SM*, vol. 5, pp. 262-281; 418-451; vol. 6, pp. 52-87, 178-197) y que las palabras atribuidas a María eran las que oyó él el 15 de agosto de 1812 en la catedral de Le Puy y que comunicó mas tarde a sus compañeros los seminaristas de Lyon – al menos tal cual las recordaba Juan Claudio Colin, pues existen otras versiones. Colin continuó reflexionando durante toda su vida sobre esa expresión, unas veces imaginando cómo habría apoyado la Virgen María a

la Iglesia naciente, otras esbozando las consecuencias de la misma para la Sociedad que lleva su nombre.

Muy típico resulta lo recogido en Habla un Fundador 141, 8 (1847). En el párrafo anterior, el P. Colin presenta los ejemplos de San Francisco de Sales, de San Carlos Borromeo, de San Francisco Regis, de San Francisco Javier... y al final el de Nuestra Señora. Y dice: “*En cuanto a nuestra divina Madre ella fue la lumbrera, la consejera y la consoladora de la Iglesia primitiva. Y, vamos a ver, ¿hizo acaso algún ruido? El Evangelio habla poco de ella, poquísimos, y sin embargo ella es la que atrajo las gracias del cielo al mundo. Imitemos, por tanto, a estos santos modelos en su celo y en su humildad. Vayamos a cualquier lugar, hagamos todo el bien que podamos, pero viviendo modestos y escondidos*”. A Colin le gusta hacer hincapié en la paradoja de María, que en la Iglesia naciente quedaba escondida pero siendo al mismo tiempo el apoyo sin el cual la Iglesia nada puede hacer. Esa manera de estar presente y de obrar es el modelo que han de seguir los maristas.

Una última observación introductoria. Las dos partes de la frase atribuida a María son inseparables: no debemos contemplar el tema de *María apoyo de la Iglesia naciente* de modo aislado. La primera parte de la frase es completada por la segunda – *María apoyo de la Iglesia al final de los tiempos*-. Sin embargo, nosotros lo veremos en dos charlas separadas (ésta y la siguiente). Empezamos por la primera parte.

2.- María en la Iglesia naciente

Quiero insistir en este punto: En la expresión mariana que aparece al comienzo de las Constituciones actuales (nº 2), la referencia se centra en la presencia y la acción de Nuestra Señora *en la Iglesia naciente*, no en su presencia *entre los apóstoles*, recogida en el nº 3 de las Constituciones, ni en su presencia en Pentecostés, mencionada en el nº 228 conjuntamente con la presencia en Nazaret y al final de los tiempos.

“María en la Iglesia” es un concepto mucho más amplio que el de “María en medio de los apóstoles”. Además, cuando el P. Colin habla de “María en la Iglesia primitiva” normalmente está pensando en el período de después de Pentecostés más que – o antes de.. – en la venida del Espíritu Santo. María apoyó a la Iglesia no sólo en el momento de su nacimiento (Pentecostés), sino especialmente en el período posterior, atendiendo y nutriendo su nueva vida.

En las pláticas del año 1988 en Valpré (Francia) el P. Jean Coste fue crítico con el lugar que se había otorgado a Pentecostés en la espiritualidad marista durante los últimos años, por ejemplo en las Declaraciones y Decisiones del Capítulo General de 1969-70 (nº 28): “*¿Por qué es mencionado ahí Pentecostés? Porque la gente supone que si el P. Colin habla de María en medio de los apóstoles debe referirse al único texto del*

Nuevo Testamento que presenta a María en medio de los apóstoles, es decir, la escena de Pentecostés". Coste hace referencia a Hechos 1, 14 tan sólo para recordarnos una vez más que cuando Colin habla de María en la Iglesia que va a nacer no está pensando simplemente en la escena allí narrada, sino más bien en el cuadro mucho más detallado descrito por María de Ágreda, una monja española franciscana del siglo diecisiete, en el libro *La ciudad mística de Dios*, tenido en alta consideración por nuestro fundador, al igual que otros muchos. [A *Marian Vision of the Church: Jean Claude Colin*, pp 362-364; véase también G. Lessard, 'Marists and Pentecost', *Forum Novum* = FN 5, 1 (2000) 53-58]

El P. Mayet recogió varios pasajes en los que el P. Colin se inspira en María de Ágreda para imaginar a la Santísima Virgen en su función de apoyo de la Iglesia naciente. Citaré dos; el primero *Habla un Fundador* 116,7: "...*Que Nuestro Señor dejase a su Madre la Virgen en este mundo después de la Ascensión es sin duda un gran misterio. Los Apóstoles la iban a necesitar para orientarlos y para que fuera, en cierto modo, la fundadora de la Iglesia. Al fin del mundo, su protección resplandecerá de modo aún más extraordinario...*" Un punto interesante: hay un detalle en el que el P. Colin no sigue a María de Ágreda. Según su esquema, indudablemente la Virgen María habría subido a los cielos con su Hijo en la Ascensión, pero decidió volver a la tierra para ser el apoyo de la Iglesia naciente [lo que describe Juan en el Apocalipsis 21, 2 es su descenso: *y vi la ciudad santa, la nueva Jerusalén, que bajaba del cielo del lado de Dios...* recuérdese el título de su obra- *la Ciudad mística de Dios*]. En cambio, nuestro Fundador parece adoptar el escenario habitual, según el cual María permaneció en medio de la Iglesia primitiva hasta la hora de su Dormición y Asunción.

El segundo ejemplo se encuentra en *Habla un Fundador* 133, 2:

*"Recomiendo mucho al superior gran exactitud en reunir a su consejo siempre que haya asuntos que tratar por tres razones): 3ª por imitar a María Santísima después de la Ascensión de su divino Hijo, porque aunque era la primera en todo, cuando los apóstoles se reunían para examinar los intereses de la Iglesia, muchas veces no decía nada, eso que ella lo leía todo en el corazón de su divino Hijo; y cuando, al fin, los apóstoles se volvían hacia ella, María, hablando siempre la última, les decía: 'señores y maestros míos, me parece que se podría hacer de este modo; creo que esto debe estar de acuerdo con la voluntad de mi Hijo'. Coste ha demostrado que estas palabras de Colin parafrasean a María de Ágreda, *La ciudad mística de Dios, III, pp. 105.107*. El texto aparece reproducido en *Acta SM*, vol. 8, pp. 167-169.*

Por otra parte, como señala Coste, Colin cita explícitamente Hechos 1, 14 solamente cinco veces (cf. HF 141, 20; 160, 6; 189, 19), " y todas las veces en conexión con momentos especiales de deliberación e intensa

oración”. En HF 140, 13, Colin dice a los novicios: “*Ánimo. Considérense como los apóstoles, reunidos en torno a la Virgen en el cenáculo. Aprovechen mucho de este tiempo. Caliéntense en el hogar del amor de Dios. Ánimo, ánimo*”. Coste concluye: “El cenáculo es, pues, un modelo para ciertos momentos especiales en la vida marista; no es el lugar en el que la presencia de María en la Iglesia se convierte en el símbolo de todo modo de existencia” (“María en la Iglesia naciente y al final de los tiempos: Análisis de datos en J. C. Colin” *FN*, 3,3 (1996) 245-263, p. 249)

Estoy totalmente de acuerdo con el P. Coste cuando protesta contra la manera como para muchos maristas el “*María en la Iglesia naciente*” ha llegado a ser sencillamente “*María en Pentecostés*”. Pero tranquilo, Jean Coste; nos detendremos un tiempo en Hechos 1, 12-14, y por tres razones: primero, porque uno no debe despachar demasiado a la ligera un pasaje de la Sagrada Escritura; segundo, porque no creo que lo que María de Ágreda tiene que decir sobre la Santísima Virgen en la Iglesia primitiva pertenezca a una tradición literaria de la Iglesia de los primeros siglos y que tenga algo que ver con los Hechos de los Apóstoles; y finalmente porque, vistos más de cerca esos versículos de los Hechos, podemos hacer nuestro lo que se cree que la Virgen dijo en Le Puy, sin tener que depender necesariamente de la interpretación personal de Colin. Las palabras “yo fui el poyo de la Iglesia naciente... etc.” no nos han venido en realidad de Juan Claudio Colin sino de Juan Claudio Courveille y en última instancia de la Virgen María.

Si los maristas de nuestros días –a pesar de las protestas de Coste– han optado por la figura de “*María en Pentecostés*” como icono de la Sociedad de María, es sin duda porque parece ofrecer un símbolo de misión y ser colocado junto al de “*María en Nazaret*” como símbolo de vida oculta. Al fin y al cabo ¿no fue en Pentecostés cuando el Espíritu Santo descendió sobre los apóstoles y estos obtuvieron la fuerza para “ir a todos los confines de la tierra (Hech. 1,8)? Tal como lee la historia de la Sociedad de María Jan Hulshof –le cito como autor no como Superior General – “el paradigma de la comunidad misionera de los apóstoles en Pentecostés se apartaba cada vez más del paradigma de la familia oculta de Nazaret” (*Constituciones nuevas y antiguas*, p. 75) En este caso ¿no podemos estar de acuerdo con que los maristas de nuestros días han descubierto por fin el primer modelo adaptado a su renovada idea de la Sociedad?

De todos modos, Coste quería insistir en que eso no era realmente lo mejor de Colin; en mi opinión eso depende de una lectura de los Hechos que es ciertamente convencional pero superficial. Sin duda, la fuerza visual de la imagen de María en medio de los apóstoles en Pentecostés ha ejercido un impacto considerable al concentrar en una sola escena esos dos temas distintos. Nuestra labor actual es examinarlos y descifrarlos por separado: primero “*María en la Iglesia Naciente*”, después “*María en medio*

de los apóstoles”. Sencillamente, no se puede reducir ninguno de los dos a “María en Pentecostés”.

Más tarde veremos que “*la Iglesia naciente*” no es realmente un símbolo de misión y que fue intercambiada con “*Nazaret*” en la idea del P. Colin.

3.- Hechos 1, 14

En Hechos 1, 1-14 Lucas describe la escena ocurrida en el cenáculo después de la Ascensión. Da el nombre de los once discípulos – por supuesto, Judas no figura y aún no había sido sustituido por Matías. Y continúa: “todos ellos se dedicaban a la oración en común, junto con las mujeres, además de María, la madre de Jesús, y sus parientes”. A primera vista, este sencillo versículo viene a frustrar un poco aquello en que se basa todo lo que se ha dicho o escrito a lo largo de los siglos sobre el rol de María en la Iglesia naciente – y en particular por el P. Colin. Al mismo tiempo es un texto que atrae nuestra atención y nos invita a reflexionar y meditar [ver ‘*Biblical Approaches*’ FN 3,4 (1996) 521-537]

Para empezar, la realidad es que ese texto existe y está ahí. Es el único lugar de los Hechos de los Apóstoles en el que se menciona a María y la única vez que aparece una referencia a su persona fuera de los Evangelios a excepción de Gálatas 4, 4 (y probablemente la mujer de Apocalipsis 12). Es un versículo que ha servido para la contemplación de quienes han querido saber más del rol de María en la Iglesia naciente. Como señalaba el P. Coste, ‘al atestiguar la presencia de María en medio del primer grupo de apóstoles después de la Ascensión, San Lucas excluía de la tradición cristiana el derecho a limitar su reflexión al sólo hecho de la maternidad divina y a las manifestaciones de la Virgen durante la vida terrestre de su Hijo’ (*Acta SM* 5, p. 450; cf. 418)

Lucas fija nuestra atención en la presencia de María en la Iglesia post-pascual y al mismo tiempo excita nuestra curiosidad al no decirnos casi nada más de ella. Casi nada más, pero no nada más. La presencia de María entre los que estaban esperando que ‘el Espíritu Santo descendiese sobre ellos y recibieran su fuerza’ (Act. 1, 8) recuerda la escena de la Anunciación, cuando el ángel dice a María: ‘El Espíritu Santo descenderá sobre ti y la fuerza del Altísimo te cubrirá con su sombra’ (Lc. 1, 35). Nos alienta pensar que la Iglesia que está a punto de nacer es continuidad de la existencia en la tierra del Hijo de María. En el ‘Evangelio de la infancia’ Lucas nos proporciona una indicación preciosa de cómo elaboró él Act. 1, 14. Mirémoslo una vez más en una versión algo más literal: “Todos ellos perseveraban unánimemente en la oración, junto con algunas mujeres y María, la madre de Jesús, y sus parientes”

Fijémonos en que María no está “en medio de los apóstoles”, como se dice habitualmente, y en que ésa no es la escena de Pentecostés que tuvo

lugar más tarde y que se narra en el cap. 2. Además, María está “en medio de la comunidad”, de la que forman parte los once discípulos; y si está ‘en medio de algún grupo particular’ es el de las mujeres. Parece que, al dibujar la escena, Lucas no está retratando simplemente a los apóstoles que esperan el don del Espíritu en Pentecostés. Quiere dibujar como comunidad la Iglesia primitiva en cuanto tal. Además nos dibuja una comunidad que es compleja, formada por varios grupos y tendencias, cuyo centro de unidad lo hallan en María.

Contemplemos la escena más detenidamente. Fijémonos en los dos “y” que figuran antes y después de la mención de María. El primer “y” la vincula con los discípulos y con algunas mujeres (seguramente las que acompañaban al grupo apostólico de Lc 8, 1-3) y el segundo la une a los parientes de Jesús (sus seguidores, su clan, liderado por Santiago, llamado el ‘hermano de Jesús’, y que aquí no es nombrado). Estos dos extremos – discípulos y mujeres creyentes por un lado y parientes de Jesús por otro – están lejos de sentirse unánimes en los evangelios, si bien Lucas no marca tanto las divergencias como Marcos (3, 21) y Juan (7, 5). En el pasaje de los Hechos 1, 14 la verdadera estructura de la frase otorga a María una función de mediación entre ambos extremos. El tercer evangelio había preparado ya el campo para ese rol de mediación. En el texto de Hechos aparece con claridad que María pertenece a ambos grupos: a la familia natural de Jesús y sus parientes por motivos de sangre, y a la nueva familia que escucha la palabra de Dios y la pone en práctica (Lc 8, 19-21; Mc 3, 31-35) por motivos de fe.

La presencia de los parientes de Jesús en la estancia del cenáculo nos dice que han aprendido a creer en él (como queda implicado también en la aparición de Jesús resucitado a Santiago, cf. 1 Cor 15, 7). Pero aunque son creyentes, no se han hecho discípulos: cuando Pedro, liberado de la prisión de Herodes, se junta a la comunidad que estaba rezando por él, Santiago y sus parientes no estaban allí (cf. Act 12, 17). Si bien los discípulos y los parientes de Jesús se han unido después de la Ascensión – al menos como nos lo describe Lucas – continúan siendo dos grupos distintos. La manera como se habla de María entre ellos sugiere que fue ella la que los reunió. Lucas parece querer decir que si su potencial rivalidad se tranquilizó pacíficamente fue gracias a María, que ocupó el término medio entre ambas partes y supo cómo utilizarlo ordenadamente para mantener la paz.

En realidad, parece lógico deducir que Lucas viera a María desempeñando en la Iglesia naciente un rol específico de mediación, de máxima importancia para el futuro, para impedir el cisma que podría surgir entre discípulos y parientes a causa de la sucesión de Jesús. [cf. Lucien Legrand, *L’annonce à Marie* (Lc 1, 26-28). *Une apocalypse aux origines de l’Evangile*. Paris, Cerf (Lectio divina 106), 1981, pp. 339-341) ¿Quién tomará el liderazgo cuando el Fundador o el Profeta haya desaparecido?

¿Uno de sus primeros discípulos o uno de sus más allegados? Ese fue el problema de más de una religión y ahí radica el cisma que divide al mundo musulmán entre sunitas – los que aceptan la sucesión de los califas después de Uthman, el primero que no perteneció a la familia de Mahoma – y los sihitas – que solamente reconocen a su yerno Ali y a sus descendientes. Algo semejante ocurre con los mormones. Y podría haber sido también el caso de los cristianos. En efecto, en el Nuevo Testamento aparecen indicios de una especie de juegos de equilibrio un tanto delicados entre Pedro, cabeza de los discípulos, y Santiago, el hermano de Jesús: según los Hechos, Pedro abandona Jerusalén y deja el campo libre a Santiago; además, en el siglo segundo los familiares de Jesús y sus descendientes estaban en Jerusalén al frente de los creyentes – todos ellos observantes judíos en ejercicio. Puede ser que la madre de Jesús respetara los derechos de sus hermanos como había prometido a los suyos la madre de los hijos de Zebedeo (cf. Mt 20,20) y que ella renunciara a tener en la Iglesia los poderes que como madre de Jesús podía haber tenido. Lo podemos deducir del Nuevo Testamento y de la historia de la Iglesia. Es también lo que expresa María de Ágreda presentándonos a la Santísima Virgen respetuosa y obediente ante los apóstoles.

Hechos 1, 14 apoya la tradición de que, después de la Ascensión, María vivió en Jerusalén con los apóstoles y discípulos. Uno de los escritos apócrifos nos da incluso algunos nombres: Evodio, Pedro y Andrés, Alejandro, Rufo, Salomé y Juana y otras vírgenes. Por otra parte, cuando ‘el discípulo al que Jesús amaba’ fue identificado como Juan, autor del cuarto evangelio y del Apocalipsis, entonces el texto de Jn 19, 17 – en el que Jesús entrega su madre al discípulo amado y ‘desde aquella hora el discípulo la acogió en su casa’ – fue tomado para pensar que María vivió en casa de Juan e incluso que se fue a Éfeso con él.

Nosotros nos quedamos con la versión de la tradición que sostiene que los apóstoles permanecieron en Jerusalén mientras María estuvo en vida y que no se dispersaron para misionar por diversos lugares hasta después de la Dormición y Asunción de la Virgen. La tradición de que María vivió con los apóstoles después de Ascensión está estrechamente asociada a la función que varios Santos Padres de la Iglesia y autores de la edad media – e incluso María de Ágreda – asignaron a María en la Iglesia naciente. Era ante todo una función de enseñante. María maestra de los apóstoles – *magistra magistrorum* – es un tema muy antiguo que se remonta por lo menos a San Ambrosio en el siglo IV y que puede estar sólidamente fundamentado. En efecto, la tradición de que los evangelistas, y en especial Lucas y Juan, obtuvieron de la Virgen en persona la información sobre ella misma y sobre la infancia de Jesús ha sido seriamente aceptada por algunos exégetas modernos (Harnack, Lagrange, Laurentin, Benoit). Algunos autores atribuyen a María el papel de

consejera y consoladora de los apóstoles, lo que nos conduce directamente una vez más a María de Ágreda y al P. Colin. Es un tema que puede ser visto como parte del desarrollo del tema general sobre la función maternal de María en la Iglesia naciente

Parece, pues, que la Iglesia ha mantenido memoria de María entre los apóstoles y los primeros creyentes después de la Ascensión y que la recordó como lazo de unión, de atención y cuidados maternales, y de maestra en la Iglesia naciente. La primera y más auténtica expresión de esa memoria se halla en el Nuevo Testamento; posteriormente, la tradición continuó manifestándola, a menudo revestida de adornos considerables y no siempre de igual valor. Puede ocurrir, sin embargo, que en la tradición posterior se encuentren algunos elementos que no figuren en la Escritura, como María enseñando a los apóstoles. De todos modos fue la memoria de María viviendo en la comunidad la que llevó a los cristianos de años posteriores a encontrar en las breves palabras de Hechos 1, 14 el testimonio de su fe en el rol de María como apoyo de la Iglesia naciente.

Por lo tanto, de esas breves palabras podemos deducir con justicia que, para Lucas, María tiene un rol central y mediador en la Iglesia naciente, un cuerpo constituido por varios bloques bastante diferentes y propensos a discrepar incluso violentamente, al que Lucas vio nacer. Evidentemente, ése es el significado básico de la palabra griega *ekklesia*, que nosotros traducimos por ‘iglesia’: una asamblea que reúne distintos grupos o incluso partidos muy diferentes. Ejerciendo el rol de mediación o también de reconciliación, María “sostiene” a la Iglesia naciente. Este es el paradigma, espiritualmente fundamentado, de la “obra de María”, en la que están llamados a participar los maristas (nuestra misión).

4.- María en medio de los apóstoles

Queda ya claro que el tema de “María apoyo de la Iglesia naciente” es más amplio que el de “María en medio de los apóstoles”, y que no puede quedar reducido a este tema. Punto esencial del tema primero es tener presente que los apóstoles no son más que uno de los varios elementos que forman la Iglesia naciente. Sin embargo, según el n° 3 de las Constituciones “*la Sociedad estaría presente en la Iglesia como María en medio de los apóstoles, una presencia tanto más eficaz cuanto más escondida*”. En realidad, el P. Colin tiene mucho que decir sobre María en medio de los apóstoles, pudiendo quedar resumido casi todo ello en estas palabras: *María, reina de los apóstoles, escondida pero eficaz.*

En *Habla un Fundador* (HF) 85, 2 (1844) se halla una expresión clásica de este tema:

“En efecto, señores, la Virgen Santísima (y es la Iglesia la que lo dice) es el canal de todas las gracias, la reina de los apóstoles... ¿Cuántos bienes no habrá producido en las almas? Y a pesar de todo, vivía en este mundo oculta y como ignorada”

Cuatro años más tarde, en 1848, el P. Colin comenta (*HF 161, 5*): *“Hoy no hay más que la fe y la oración que sean capaces de convertir las almas, de ilustrar las inteligencias y de conmover los corazones. Tratemos, por tanto, de adquirir ese espíritu de fe y de unión con el Divino Maestro. Que no haya entre nosotros ningún apego por lo que brilla. Ninguna afición a la reputación. Imitemos a nuestra Reina. ¡Qué modelo el de la Virgen María! Lleva el título de Reina de los apóstoles, y con razón, y se halla más escondida que cualquier apóstol”*. María, la escondida Reina de los apóstoles, es presentada aquí como “nuestro modelo”, pero sin decir nada – al menos de manera explícita – sobre lo que *hizo*. Cuando hablaba el P. Colin – la era de la revolución republicana y anticlerical en Francia y demás países de Europa – lo que realmente había que hacer era ser discretos.

Según el nº 3 de las Constituciones, la presencia de María en medio de los apóstoles “es más eficaz cuanto más escondida”. Algo similar se dice en *Habla un Fundador 140. 4*: *“Pero miren a nuestra Madre después de la Ascensión del divino Maestro. Ella es la que sostiene y orienta a la Iglesia recién nacida; por eso la llamamos Regina Apostolorum. Pues aunque, al parecer, no hacía nada, hizo con sus oraciones más que los apóstoles con su predicación. Vuelvan asimismo la mirada a Nazaret y allí verán lo que hizo Jesús durante treinta años. Esos son sus modelos”*.

Cierto que “María Reina de los Apóstoles, escondida pero más eficaz que ellos”, se nos presenta aquí como modelo. Pero se han de observar dos cosas:

Primera, el contexto en el que habla el P. Colin: está hablando a los novicios, bastantes de los cuales eran sacerdotes. Al hablarles comienza reconociendo que se aburren por estar encerrados en el noviciado sin hacer nada: *“Uno se aburre al no hacer nada, porque estamos hechos para la acción y sentimos la necesidad de hacer algo”* Pues bien, en ese contexto “María en medio de los apóstoles” y “Jesús en Nazaret” son presentados como modelo para los novicios, no para todos los maristas. (Me he fijado también en el párrafo 13 del mismo documento, en el que Colin anima a los novicios a verse – se entiende que en oración – como los apóstoles reunidos en torno a la Virgen en el Cenáculo).

Segunda: el “*más que los apóstoles*” en lo que hace – aunque parecía no hacer nada – se debía a “sus oraciones”: *“hacía más con sus oraciones que los apóstoles con su predicación”*. No es ésta la única vez en la que el P. Colin habla de esta idea; vuelve sobre ella cuando en la plática de clausura de los ejercicios de 1846 les dice a los maristas: *“La Virgen*

Santísima no hizo ruido alguno, en cambio rezaba mucho”; y pidiéndoles que rezaran por los misioneros de Oceanía, les dice: “Sin correr peligros, sin sufrir privaciones como ellos, tendremos sin embargo parte en sus merecimientos y en su corona. Tal vez nos deban un día la conversión de sus islas. He leído en algún lugar que se reveló a alguien que Santa Teresa de Ávila había convertido más almas por sus oraciones que San Francisco Javier con sus correrías apostólicas” (HF 115,7; cf. también 132,13; 187, 7) Es como si el P. Colin estuviera hablando a las carmelitas; pero estaba hablando a los maristas, que en esa ocasión no eran novicios. Comienza ya a parecer que la presencia de María en medio de los apóstoles no es simplemente una imagen de misión.

Finalmente, el P. Colin consigue integrar en la espiritualidad de una congregación misionera el tema de “María escondida pero logrando con sus oraciones más que los apóstoles con su predicación”. Es lo que se alcanza a ver en la alocución dada en el retiro de septiembre de 1854, por lo tanto después de haber dimitido como superior general:

Habla un Fundador 190, 2-3: “*Veamos a María en todo, imitemos la vida que llevó en Nazaret. Ella hizo más que los apóstoles por la Iglesia naciente: es la Reina de los Apóstoles y sin embargo lo hizo sin ruido, lo hizo sobre todo con sus oraciones [...] Les decía que ella hizo con sus oraciones mucho más que los apóstoles; unamos, pues, el silencio y la oración a la acción. La Sociedad de María quiere que nosotros, sus hijos, seamos misioneros de acción y misioneros de oración*”.

Esa misma idea la encontramos al final del n° 50 de las Constituciones de 1872: “.... *Unan a las obras de celo el amor a la soledad y al silencio, de tal suerte que, aunque deban dedicarse a diversos ministerios para la salvación de las almas, aparezcan ignorados y hasta escondidos en este mundo*”. Evidentemente, aquí encontramos una cierta tensión; como se verá en otros lugares, algunos aspectos de la espiritualidad coliniana, en los que el Fundador puso gran énfasis, al menos a primera vista parecen estar dirigidos más a una comunidad contemplativa que a una congregación activa. Y con todo, Colin insiste en que los maristas son un grupo apostólico, que han de ir por el mundo entero haciendo todo el bien que puedan.... Personalmente creo que ésa puede ser una legítima expresión contemplativa de la espiritualidad marista, lo cual no quiere decir que sea su expresión típica, pues es apostólica y, para esta rama de la familia marista, sacerdotal.

Tensión entre acción y contemplación, que incluso puede ser experimentada dolorosamente. En mi opinión, no tenemos derecho a rechazarlo, reduciendo por ejemplo la dimensión contemplativa a un rasgo personal de Juan Claudio Colin, una especie de complejo proveniente de la temprana experiencia de una infancia quebrada. Más bien, Colin nos está retando a ser “contemplativos en la acción.